

MENSAJE

DEL MINISTRO DE GUERRA A TODO EL PERSONAL DE LAS FF. AA.

Soldados de la patria y compañeros de armas:

Permitid que esta vez, al prescindir de los secos párrafos castrenses, que no es mi ánimo romper, desde luego, sino atemperarlos, me dirija a vosotros, oficiales, suboficiales, soldados y agentes de las fuerzas de aire, mar y tierra para insistir con la meditación de temas que hoy, más que nunca, cobran más vivo interés y dramática actualidad, pues si alguna finalidad busca esta revista —nuestra revista— es la de que ella sirva de vehículo para estrechar contactos entre todas aquellas gentes a quienes Colombia entregó la custodia de su soberanía y la guarda del orden interno.

Desde el puesto que ocupo por voluntad del Jefe del Estado, contemplo en toda su extensión el mapa físico de la patria y encuentro que, si en verdad en sus lindes extremas ella alienta y se desenvuelve bajo el reino admirable de la paz, en muchos puntos de su centro radial sufre las conturbadoras convulsiones de una nueva ola de violencia. Una violencia terca, inclemente, irrazonada y cruel que conmueve a la colombianidad, que a veces la hace dudar de los métodos de represión, que exaspera e indigna a gruesos núcleos de opinión, y que pone en inminente peligro las conquistas logradas por el país en los últimos años.

Sé que estáis cumpliendo, hasta más allá del sacrificio, con el deber que prometisteis cumplir. Sé que donde quiera que os encontréis, estáis pugnando por serenar los espíritus, mantener el orden y garan-

tizar la vida de los ciudadanos. Sé que en la brega muchos de los nuestros han caído para rubricar su lealtad y hacer posible el advenimiento de la paz. Sé que día y noche, noche y día, veláis por la seguridad de vuestros conciudadanos, a fin de que al amparo de las leyes vivan la vida plena y normal que les consagran nuestros principios institucionales. Y sé, también, que a medida que crece la angustia nacional, aumentan vuestros esfuerzos, vuestra decisión de lucha y vuestra inagotable capacidad de sacrificio. . . .

Mas, ante nuevas insurgencias, que al amparo de la indefensión de los civiles causa nuevas víctimas inocentes, inmoladas por el odio, he considerado necesario reclamar una vez más vuestra solidaridad, vuestra unidad, vuestro generoso apoyo, para que sean esos elementos los que sirvan de soporte al gobierno y a la república en esta hora difícil, en la que muy posiblemente se esté decidiendo la suerte de nuestro destino histórico. Pues si nosotros, gentes de armas al servicio de las instituciones nacionales, cedemos en nuestros empeños, morigeramos nuestra vigilancia o relajamos la guardia, fuerzas extrañas a nuestras costumbres podrían llegar a arrebatarnos el hermoso patrimonio que nos cupo en suerte poseer. Ya otros pueblos, con engañosos mirajes y artificios, perdieron su libertad y gimen bajo el imperio despótico de doctrinas que niegan la fe, destruyen el orden tradicional, encadenan las conciencias y sojuzgan el derecho a disentir pacíficamente, que es una de las más grandes conquistas del espíritu y el más arduo de los trabajos logrados por el hombre.

Sé que mucho habéis hecho por alcanzar los objetivos finales, pero sé, que infortunadamente aún falta mucho por hacer; y comprendo que para que cumpláis con el deber ni yo ni nadie requiere haceros exhortaciones. Pero, preocupado por recientes acontecimientos y hondamente consubstanciado con vosotros, las nobles figuras que el destino me depa-
ró en buena hora como compañeros, dejad que uno

de los vuestros, seguramente el más modesto, os diga una vez más:

Velad para que nada os pueda sorprender. De vuestra vigilia constante y dolorosa depende la tranquilidad de la patria y la de todo aquello que nos conforma como país libre y nación soberana.

Prestad oídos sordos a quienes, confabulados con la antipatria, pretendan llevar hasta vosotros consignas de odio.

Sed parcios y austeros, para que el ejemplo de vuestro vivir de a los colombianos la imperturbable seguridad de que sus vidas, honras, haciendas y derechos reposan, más que en el poder de las armas que lleváis con honor, en el honor de vuestras almas razón de ser del ciudadano y serena salvaguardia de la Ley.

Seguid protegiendo a los débiles, a los que persigue la injusticia y a los que sufren, muy especialmente al hombre campesino, quizás el más amenazado no obstante ser el mejor de los colombianos. Ayudadlo en todo instante, pues necesita de vosotros para defender su vida, sembrar los campos, recoger las cosechas o rehacer su economía rota o su destruido hogar. Que bajo las banderas que portáis, halle siempre escudo para sus ansiedades y refugio para sus amarguras.

Y sed implacables, finalmente, con los violentos, con los que infringen la norma escrita, con los que, fuera de la Ley, son los responsables del dolor de un pueblo que ansía la concordia y ama el orden.

Hé allí la consigna que a vosotros, soldados de Colombia, os entrega, con su saludo y gratitud, el ciudadano y soldado que sirve la Cartera de Guerra.

Mayor General RAFAEL HERNANDEZ PARDO